



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Emilio Sánchez Pastor.)



—Yo voy al toro y me arrimo
como los grandes toreros,
y luego los revisteros
me tratan con tanto mimol...

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—En busca de alivio, por Luis de Ansoarena.—El cuento del indiano, por Fiacro Yrázoz.—Confiteor, por Sinesio Delgado.—El dómene palizambo, por Juan Pérez Zúñiga.—Tonterías, por Federico Casaltjas.—El general-mago, por José Zahonero.—Quejumbrosa, por Calixto Navarro.—El problema de Hamlet, por Ricardo J. Catarincu.—Locura de amor, por José Brissa.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Emilio Sánchez Pastor.—La guerra (dos viñetas).—Ascenso y descenso (seis viñetas).—El general-mago (cuatro viñetas), por Cilla.



DE TODO UN POCO

Buenofnora que los hombres científicos inventaran un suero contra la manía del suicidio.

Durante la pasada semana se han registrado gran número de casos que prueban hasta qué punto está perturbada la humanidad.

Hay quien quiso suicidarse porque se le había casado su ma-

drastra, y quien realizó su intento por habérselo caído la careta el martes de Carnaval mientras daba una broma a dos señoritas cursis.

Ahora que hay sueros para todo, no estaría de más que la ciencia nos mandara el suero del sentido común, y no comeríamos entonces tantas tonterías; porque la verdad es que la mayoría de los humanos somos unos majaderos.

A unos nos da por las letras, a otros por la elegancia y a otros por la política. Tengo un amigo que se pasa la existencia rizando las guías del bigote con una llave, y cree que todas las mujeres se asoman a los balcones para verle pasar; tengo otro que aspira a ser ministro y ya le ha hecho proposiciones a Abarzuza para que le venda el uniforme el día que deje el puesto.

**

Con motivo del acta de Vendrell, ha habido en el Congreso el oportuno escándalo, pero no han llegado a repartirse mojicones. Anuncianse varias broncas para la semana que viene, con palos individuales y mordiscos parlamentarios.

Los padres de la patria van a adoptar un traje a propósito para las sesiones, que consiste en una especie de chaleco de hoja de lata y una alambra para defender el rostro. Para fortificar las piernas, usarán unos pantalones de zinc, sujetos a las canillas por dos abrazaderas salpicadas de clavos. Además, trátase de establecer en ambas Cámaras unos puestos sanitarios, con mostrador y todo, donde se venderá árnica, aguardiente fenicado y tafetán inglés para los chirlos. Un industrial previsor expenderá palos con nudos, garantizando su solidez; y sabemos de un orador pendenciero que además del palo piensa llevar en el bolsillo dos ó tres pedruscos para defenderse.

Las esposas de los hombres políticos viven en perpetua zozobra.

—Robustiano, no vayas a la sesión. ¡Te lo pido de rodillas!

—Mujer, tengo deberes sagrados que cumplir.

—Bueno, en ese caso lleva la escopeta; pero acuérdate de que tienes hijos, y el día que tú faltes dejarás cinco huérfanos: los tres niños, yo... ¡y mamá!

**

Dícese que el ayuntamiento va a crear un arbitrio sobre el chocolate.

¡Era lo único que nos faltaba! El chocolate es hoy poco menos que indigerible. ¿Qué será cuando los fabricantes tengan que pagar derechos por esta malhadada mercancía?

Hoy se fabrica el chocolate con ladrillo, pan duro, escarola y virtas molidas; mañana, cuando se halle establecida la tributación, es posible que en vez de chocolate nos vendan escayola pintada al óleo, ó portland.

Ha de llegar día en que tomaremos una onza de chocolate barato y antes de media hora habremos dado las boqueadas.

—¿Se ha desayunado usted?—preguntará una patrona a su huésped.

—Sí, doña Paca—contestará el desdichado.—Ya estoy dispuesto a todo. Vaya, abur.

—¿Adónde va usted?

—A la sacramental. Déle usted muchas expresiones al sereno y dígame usted que muero muy agradecido por lo bien que me abre la puerta todas las noches.

**

El dinero escasea, y sin embargo, la gente gasta en trajes, en diversiones y en décimos de la lotería.

Las de Cogolludo estrenan sombreros con frecuencia, y todo el mundo sabe que no tienen sueldo, ni bienes raíces, ni más posesiones que dos tientos de ruda en el balcón de la sala. Hay quien dice que el padre es quien busca los recursos, ora haciendo trampas en el tresillo, ora rifando colchas entre sus conocimientos. El caso es que Cogolludo anda siempre molestando a sus conocidos con rifas más ó menos auténticas, y a cada paso entra en el café, diciendo:

—Siento molestar a ustedes, pero tengo un compromiso muy grande con un sujeto desgraciado, un tal Pérez, que estuvo en muy buena posición y le cortó la cabeza un amigo.

—¿Cómo?

—Quiero decir que se fió de un mal hombre y juntos pusieron una tienda de bicarbonato, químicamente puro; y luego resultó que el amigo era un espía que tenían aquí los insurrectos de Cuba y se levantó con todo el bicarbonato y con la señora de Pérez.

El caso es que Cogolludo nos vende por dos reales una rifa de un aristón nuevo, con ocho tocatas, que se ha de rifar en combinación con la lotería y luego resulta que no hay tal aristón ni tales tocatas; y él se queda con el dinero para que la señora se compre una manteleta ó una capota ó una bata de peluche con puntilla ancha.

En Madrid hay una porción de sujetos que no se sabe cómo viven, ni dónde comen, ni si duermen en cama ó sentados en una silla. Ellos visten, toman café, van al teatro, tienen relaciones amorosas y hasta usan fosforera de plata.

**

Dos libros nuevos: uno de mi querido compañero Pérez Zúñiga, titulado *Cosquillas*, y otro del redactor de *La Correspondencia* Muñoz Escámez, escrito en forma de novela y que lleva por título *El foco eléctrico*.

Del de Pérez Zúñiga sólo sé decir que es graciosísimo, como todos los suyos; y del de Muñoz Escámez que tiene un grandísimo interés y sirve de enseñanza a la juventud estudiosa.

Felicito a ambos autores y me voy al Congreso a ver si hay bronca.

Luis Taboada.

*

EN BÚSCA DE ALIVIO

Madre, aquí traigo otra vez el montón de mis dolores, que es carga que pesa mucho para que yo la soporte. Imagen del egoísmo soy, como todos los hombres... Si me traen los desengaños, me llevan las ilusiones; y el ver que lloras mi vida no hace mis ansias menores ni contiene mi impaciencia de goces... que no son goces mas que en el espacio breve que en mi cerebro se esconden. Lejos de ti, madre mía, lívanme mis ambiciones de hacer verdad unos sueños que son absurdos enormes; y con entusiasmo loco,

que no hay prudencia que domo, voy dando al mundo una vida en la que tú el alma pones... Y tú, con terrible espanto, porque el peligro conoces, rezas y lloras por mí, pidiéndole a Dios que torne... ¡Siempre vuelvo!... Ya cansado, ya malherido del choque, con más anemia en el cuerpo y el alma algo menos noble... Yo me llevé tu ventura y te traigo mis dolores... ¡y abres los brazos ahora como los abriste entonces! ¡Déjame que te bendiga! Déjame también que lloro... ¡Ser niños de vez en cuando nos consuela de ser hombres!

Luis de Ansoarena.

EL CUENTO DEL INDIANO

Doroteo era un pastor, si es que la gente no miente, sencillo, puro, inocente, todo bondad y candor, en fin, como antiguamente.

Vivió en humilde choza, y aunque el pobre lo intentara, fué su desgracia tan rara que no encontró ni una moza que le mirase á la cara.

¡Clarol! ¿Quién se iba á fijar en aquel pobre pastor despreciado en el lugar, é imposible de inspirar ni un escrúpulo de amor?

Pero el chico dijo un día: —Tal vez si luchó con fe la fortuna me sonría! ¡Hay más tierras que la mía? ¡Pues á esas tierras iré!

Trabajaré sin cesar de la noche á la mañana, volveré rico á mi hogar y así me podré casar con la que me dé la gana!

Y dejando sus rebaños fué América, trabajó, y allá en países extraños, en poco más de diez años el pastor se enriqueció.

Se embarcó en Montevideo, dueño ya de un capital, y tan palurdo y tan feo como se fué, Doroteo volvió á su pueblo natal.

Sólo que ya no era el mismo, aunque de iguales facciones, porque entre los dos... varones había un profundo abismo... ¡de seis ó siete millones!

¡Qué alegría tan inmensa cuando regresó el indiano! ¡Qué final! ¡Qué campechano! ¡Si hasta le llamó la prensa nuestro eminente paisano!

Aunque desgarbado y feo, las muchachas más bonitas, prendadas de Doroteo, le asediaban ¡ya lo creo! con obsequios y visitas;

tanto, que al verse rifado él, que fué un pobre pastor, se decía entusiasmado: —¡Ahora, que tanto he cambiado, vendrán á hacerme el amor!

¡Ya no soy lo que antes era! ¡Mi fortuna me coloca por encima de un cualquiera, y tendré una compañera en cuanto abra yo la boca!

Pero, amigo, cierto día que estaba como en la gloria con las mozas que allí había, les contó no sé qué historia que ninguna conocía.

Les dijo que fué casado y que mató á su mujer por habérsela encontrado en los brazos de un malvado, olvidando su deber.

Se expresó con gran calor contra la infidelidad, sosteniendo con valor que las faltas al honor las castiga sin piedad; desfilaron una á una, y ¡mire usted qué demonio! á pesar de su fortuna, ¡aún no ha encontrado ninguna que se avenga al matrimonio!

Fraico Trápez.

Confiteor.

—Absuélvame, por Dios.
—De qué pecado?
—Del de amar.
—Eso es bueno.
—¡Señor cura! es que es una pasión.
—¡Pasión impura!
Ten firme voluntad y estás curado.
—Ella es coqueta, padre.
—¡Desdichado!
¡Y sufrés!...
—Me atormenta y me tortura.
—Te jura ser constante...
—Me lo jura.
—Y te engaña.
—¡Cien veces me ha engañado!
—¿Y lo sabes?
—Sí, padre.
—¿Y la desens?
—¡Ay! con el ansia del amor más tierno.
¡La quiero más que á Dios!
—¡Malas ideas!
—Ya sé que me echarán al fuego eterno como justo castigo.
—No lo creas:
¡para qué, si ya estas en el infierno?

Sinesio Delgado.

EL DÓMINE PATIZAMBO
Ó LA CONSOLA MUNICIPAL

Procedente del palacio del marqués de la Bigornia, que legó sus ricos muebles á un pueblo de la Rioja, recibió el señor alcalde del tal pueblo una consola. Tenía en el inventario el nombre de mesa forma Luis XV, y tanto chocóles á aquellas gentes indociles de la forma del mueble,

que un concejal, el tío Roña, cosechero distinguido de guisantes y alcachofas, dirigiéndose al maestro de escuela, le dijo: —Oiga, ¡qué usté explicarme ese trasto que no me cabe en la chola? Sé que es una mesa; pero lo que no entiendo precontal es lo de «forma Luis XV». No paice sino que es cosa

tan intricá el decir mesa cuadrada ú mesa redonda.

—No está en eso el quid, amigo (respondió el domine). Ahora le pondré á usted al corriente de eso que tanto le choca.

Existen muchos pedantes que, basados en la Historia del padre de la Mariana ó en la de Cantó, pregonan que en tiempo del rey Luis XV, el que dió en Constantinopla la batalla de Alcolea contra los moros de Escocia, hacían todos los muebles como esa mesa lujosa que tiene las cuatro patas con cuatro grandes corcovas. Pero no hay que hacerles caso,

pues yo, que sé de memoria lo que acerca de los muebles cuenta el Korán en sus hojas, y lo que acerca de patas de mesa dice en sus odas el gran Marillo, deduzco, y lo aplico á la consola, por qué se llaman «Luis XV» las mesas de patas corvas: porque Luis XV tenía las patas en esa forma. Miró al domine las piernas el concejal, y con sorna le dijo: —Pues yo deduzco, man que no sé na de historia, que debe usté, señor mío, de ser una de dos cosas: ú nieto de don Luis XV, ú primo de la consola.

Juan Pérez Suñiza.

TONTERÍAS

Fuentes de inspiración para algún vate son las fuentes... de pollos con tomate.

Con ser tus ojos tan grandes y los míos tan pequeños, veo más que no me quieres que tú lo que yo te quiero.

Hay Tenorio feroz, en cuya lista hay que leer «calumnia» por «conquista».

Federico Canalejas.

La guerra.



—Tú no tengas cuidado, que si me toca pa la Habana, voy, entro en la manigua y te traigo un loro.
—Bueno, pero no le enseñes á decir pecaos, pa que luego tenga yo disgustos con la señorita.

Ascenso y descenso.



—El caso es que si yo me atreviera, me acercaría y...



—Hace buen día, ¿eh?
—Sí, señor, muy buen día.



—¿Conque es usted soltera? ¡Pues mire usted qué casualidad! Yo también soy soltero.



—¡Sí! Nos casaremos el mes que viene, y nos pasaremos la vida así, juntitos, siempre muy juntitos.



—¿Me quiere mucho mi 'mujercita? ¡Mucho', mucho, mucho?



—Pues sí, el día está muy hermoso, ¿sabes? y da gusto salir á paseo en días tan hermosos.



—La verdad es que el matrimonio tiene una dulzura tranquila que ¡ya, ya!



—El caso es que si yo me atreviera... la dejaría sola.



El general-mago.

I

—Vamos á ver, López, ¿le parece á usted digno de un oficial echar cintas por la boca, hacer el ventrílocuo y manipular los cubiletes como un saltimbanqui ó un sacamuelas en una barraca de feria?

Inconvenientes que trae consigo esta calma chicha, esta época de paz, durante la cual no hay más lucha que el guirigay que arman los abogados.

—Amigo López, es ridículo, vergonzosamente ridículo—replicó el general, atusando con su mano robusta su larga, espesa y blanca perilla y sus retorcidos y hermosos bigotes y luego fijando, fruncido el entrecejo y adusta la faz, una mirada dura é irónica en Julio Suárez, el comandante Suárez, que en aquel momento y ante un concurso de hermosas mujeres colocado en medio de la sala y junto á una mesa llena de cachivaches de prestidivino y de prestidigitador, mostraba el undécimo par de calcetines que acababa de sacar del fondo de un sombrero de copa.

La gente reía y aplaudía.

—Esto es indigno—murmuraba el general.

—¿Qué es lo que usted halla indigno, general?—preguntó un caballero que acababa de acercarse al general y á su ayudante.

—Esta farsa, barón, esta farsa.

—Es un juego de sociedad—replicó el barón.—No sea usted tan severo; justo es que los militares disfruten también del mundo, y si tienen, como el comandante Suárez, habilidades... las luzcan.

—Está bien—replicó el general con aspereza. Y se alejó del rincón, dejando á López, su ayudante, y al barón, y retirándose á un gabinete en el cual halló dos elegantes mujeres, y haciéndoles una reverente cortesía, se puso á mirar los cuadros que había colgados en la pared.

—General—dijo una de las señoras,—haga usted compañía á mi amiga, á Amelia.

—Estoy á sus pies—replicó galantemente el general, y añadió al reconocer á la dama que le hablaba:—¿Lolita? No la había á usted conocido. ¿Y Juan?

—Bueno. Pero vuelvo en seguida y hablaremos—dijo la vizcondesa, y salió del gabinete.

El general se acercó á la señora, que se había quedado sentada en el diván, y la saludó con respetuosa y grave reverencia. ¿Quién será? se decía el general. ¿Por qué esa locuela de Lolita no nos habrá presentado? ¿Habrá oído sin duda que nos conocemos?

—¿No le gusta á usted la prestidigitación, señora?

—Mi general... estoy hace mucho tiempo en el secreto.

—Pues bien, señora, si usted me lo permite y si mi opinión, nada favorable á ese juego, no la mortifica á usted, diré lo que pienso.

—Hable usted, señor general, con toda libertad.

—He salido huyendo de la sala. Siento vergüenza, señora, de ver á un militar hecho un payaso de feria, sacando peceras del pecho, quemando pañuelos y mostrando palomitas en un canastillo... ¡Oh, en otro tiempo cada recreación correspondía al carácter de la persona que se recreaba! Eran nuestros juegos reventar caballos; jugar la paga con brío; resistir, sin perder ni la serenidad ni el juicio, una apuesta bebiendo á docenas las botellas; ser conquistadores y galanteadores... pero cantar arias, recitar coplas y hacer juegos de manos eran cosas impropias de un soldado; ésta es la verdad, ésta es la verdad... Pronto habremos de ver bordados en tul hechos maravillosamente por un general de caballería.

La dama se echó á reír y fijó sus grandes y hermosos ojos en el general. Era bellísima aquella mujer. Fina, suave, muy femenil, ¡oh! con esa delicadeza singular propia de las mujeres que son muy mujeres, señalada por la gracia y la suavidad de sus expresiones, de sus ademanes y de todos sus movimientos; por la dulzura de su voz y, sobre todo, por la elocuencia viva, parlara, mudable de sus ojos.

—Señor general, usted habrá sido mozalbeta, y habrá hecho... mil graciosas niñerías.

—¿Niñerías? Señora, nunca; muchas calaveradas, grandes, estrepitosas, hombrunas; las propias de un militar. En fin, á cada tiempo sus costumbres y sus aficiones... Pero declaro á usted, puesto que me permite ser franco, que jamás creí ver á un militar haciendo volar los naipes, escamoteando pañuelos y leyendo á las gentes la buena ventura... Si yo pescase al diablo para que él rescatara las orejas, que yo le habría cortado seguramente,



tendría que quitarme las canas, devolverme mi juventud, es decir, las apariencias de juventud... porque en lo demás, joven me siento, y joven soy...

Y después ¿qué haría usted?

—Seguramente rendiría á los pies de usted con más méritos de los que hoy puedo ofrecerla.

—¡Oh, muchas gracias, general!
—Bien puede usted darlas, señora, que de ellas siempre se quedará rica por muchas que dispense.
Resonó en esto una salva de aplausos.
—Aplauden la exquisita galantería de usted, general—dijo la dama.

—Señora, eso no merece aplauso. Además estoy seguro, bien sé lo que aplauden; el prestidigitador acaba de extraer de la diadema de una señora un manojo de espárragos; ó habrá ofrecido á los espectadores convertir á un hombre en ganso... y luego, mostrando su propia imagen en un espejo, habrá dicho... vedlo.

—Es usted cruel... verdaderamente cruel, mi general—añadió la joven señora.

En aquel momento Suárez acababa de disparar dos tiros; del primero resultó que en su cabeza hubo de aparecer una chichonera; del segundo, que un largo camisón cubría su cuerpo.

Las risas llenaban de alborozo y confusión la sala; la dama y el general se asomaron. Suárez parecía el bobo de la alfombra, acogiendo los aplausos del público del circo.

La dama se ruborizó; las mejillas, las orejas, el cuello y la frente pusieronse encarnados como la amapola.

—Tiene usted razón, general; eso es ridículo—murmuró estrujando entre sus manos un diminuto abanico.

—Ridículo, señora. Esa es la palabra; si tuviese poder, metía á ese caballero en un castillo. Véalo usted; es un hombre largo y estrecho, liso y encintado como un paquete de confites, de los que sin duda se alimenta.

—¡Oh, señor general, calle usted, por Dios!—exclamó la señora.

—¿Querer hacer magia, sin contar en su favor con una hada?—añadió el general.—Magia ésta, la que usted, señora, hace en mí, sin proponérselo; me siento á su lado audaz y rejuvenecido.



—Gracias señor general...—dijo la dama volviendo á sentarse.
—Ya veo que atiende usted con sumo interés á las súplicas de sus amigos, y me hace usted muy grata compañía por servir á la vizcondesa.

—No es esto, señora. Tal vez mi enojo contra ese titiritero me ha hecho mostrarme un poco exagerado; pero, señora, me siento conmovido... No se encuentra tan fácilmente un hombre de brazo recio y puño duro para manejar las armas, ni un jinete de brío, ni un caballero... y así son también raras las damas, las verdaderas damas, sencillas á la vez que hermosas como usted... Vea usted... ¡oh! y por Dios perdone mi impertinente imaginación... pero si el cubiletero fuera mi rival... con mis años, mis canas y mis cicatrices...

—Tiene usted razón general—interrumpió la joven;—no había duda, sería preferido.

—Tal creo—exclamó con la mayor ingenuidad el general.

—¡Ah! Estamos en larga y tendida conversación. Me alegro—exclamó la vizcondesa.—Por lo visto, ya son dos amigos... Pero ¡qué distraída soy! ¡No les he presentado á ustedes! Mi amiga Luisa Saviron, viuda de Mardoqui. El general Suárez...

Ambos se saludaron ceremoniosamente.
—Me voy, me voy—dijo Luisa;—no puedo permanecer más en esta casa...

—¿Qué es ello? ¿Qué ocurre?—exclamó la vizcondesa.

—Una cosa vergonzosa, general—añadió Luisa mirando risueña y complaciente al general.—Había pasado el rostro de la dama por repentino movimiento de la impaciencia y la ira á la risa y á la dulzura; por un instante miró con gusto aquella faz venerable y varonil y aquella noble y arrogante figura del veterano.

—Ya sabe usted quién soy; tendré sumo placer en que honre mi casa, general.

¿Quién es esta criatura tan linda, vizcondesa, Luisa Saviron, viuda de Mardoqui?

—Ya lo ve usted, una muchacha preciosa... con la cual, según parece, va á casarse Suárez... el prestidigitador.

Al general se le cayó el sombrero de las manos; quedóse atarado.

II

Tres meses después el general se hallaba agitadoísimo en su gabinete, bebiendo á pequeños sorbos una botella de ron, tratando de leer un periódico que tomaba y tiraba lejos de sí á cada momento para pasearse por la estancia y tornar al intento de leer...

—No, no es posible. ¿Y por qué no? Vamos á ver, ¿por qué no? se decía.—¡Sesenta y dos años con mi vida vigorosa... no son años!... Me caso, ¡vaya si me caso! ¿Qué otra locura le resta que hacer á un veterano? Un militar ha de morir ó en lances de guerra ó en lances de amor.

De pronto se echó á reír con el brío y la ingenua jovialidad propia de un cadete...

—¿Qué chasco qué chasco se ha llevado el cubiletero... Las mujeres odian á los hombres que les hacen reír... Está visto, yo entiendo más de la magia... ¡Vaya un otoño de buen fruto! ¡Vaya una viudita que ha perdido el tragacinto!

Y reía, reía sin dominio de sí. Ignora, sintiendo en su ser fuego, poderío, renovación... lo que debió de sentir el doctor Fausto al pasar por la mágica metamorfosis de rejuvenecimiento.

Por Tabueto.

Quejumbrosa

Señores, están los críticos... que á mí me tiemblan las carnes cada vez que una cuartilla de papel veo delante, para que moje la pluma en el tintero y la mancha, porque para tres ó cuatro que son hora de la clase, mesurados en sus juicios y cultos en el lenguaje, les hay que quitan las tiras de pellejo hasta á su padre. ¿Que un autor se ha equivocado cosa común y muy fácil, pero delito inocente que no perjudica á nadie, ni perturba á las familias ni aumenta el precio á la carne? Pues allá te van diatribas injuriosas y dislates, y en vez de decirle á uno: «No sabe usted lo que se hace; la escena tal es pesada y confusa aquel pasaje con arreglo á las costumbres de la lógica ó del arte, y debe usted corregirse y pensar más y fijarse», le sueltan una andada de esas que aturden y parten: «Don Fulano es un bolche». El autor del disparate estrenado antes de anoche no saca nunca actor ni sabe lo que es la escena española ni cuántos son los ojos

que llevad en el empuje los pollos de Castro-Urdiales. Los versos (la obra es en prosa) resultan inaguantables, y yo sé que el susodicho le debe tres chocolates al mozo del primer turno de un café que hay en la calle de la Lanza. Y otras cosas como éstas, ó semejantes. ¡Por Dios, señores de críticos, ó reviseros, ó diatriberos! humanidad si es posible que todos somos cofrades y que vivir del teatro no es un oficio envidiable y nos revientan ustedes con esas... genialidades; que es difícil la tarea de repartir credenciales de genio, y que dar diplomas de *tranche* no tiene gojes, ni con decir esto es malo porque si se enmienda nadie. Un poco más de templanza y un poco menos de arranque, y lo de las disciplinas quédese para los frailes, que harlo el público *padre*, y sobra con su desaire para que sepa el que escribe si ha dado ó no con la clave de contentar al casero y tapar la boca al sastrero, y comer unas patatas con sal, aceite y vinagre.

Calixto Navarro.

EL PROBLEMA DE HAMILTY

(DE GUYAU)

De colegial, con un compás jugaba,
y sobre el pecho á veces, altanero,
dulcemente apoyaba
la fresca punta del agudo acero.

Cuando el compás al pecho dirigía,
no sé qué turbación llena de encanto
brindábame placeres no sentidos,
y al corazón en tanto
emocionado oía
apresurar los trémulos latidos.
Vida y muerte mi pecho separaba:
por encima la muerte se cernía
y debajo la vida palpitaba.

Y entonces meditaba:
—Morir es conocer!... ¡Si yo quisiera!...
¡El más allá, la suerte que me espera,
todo el inmenso y presentido arcano,
rápidamente conquistar pudiera
empujando el compás con una mano!
¡Por qué, si la verdad encontrar puede
mi paciencia sin tasa,
en la hora de la ciencia retrocede
y la hora de la ciencia me retrasa?
Razón del hombre su anhilar sediento,
la vida es la esperanza halagadora;
su justificación es su tormento.

¿Por qué retraso la esperanza ahora?

Todos, al borde de un abismo asidos,
la vida pasan viéndole muy hondo,
¡Si logran mis pies, más atrevidos,
saltar el borde y arrojarme al fondo!
Todo al fin á mis ojos lo verá,
rasgando el velo del secreto obscuro;
¡lo que vivo ignoré, muerto sabría!
¡Saber! ¡Tener certeza! ¡Estar seguro!...
Cuando este pensamiento me asallaba
cual si en el alma lo llevara escrito,
de angustia y dicha sin querer temblaba
y un deseo infinito
dentro del corazón se despertaba.
¡Infinito deseo de la muerte,
que es fuerza al cabo que el mortal afronte,
que sabe y determina nuestra suerte,
las dudas rompe y tras la humana guerra
nos abre para siempre el horizonte
ó para siempre el horizonte cierra!
Hambre y sed de morir me devoraba,
y á la muerte adoraba...

Después á veces añadí:—¿El motivo
lo llegaré á saber cuando yo muera?
¿Será la muerte para mí sincera?
¿Hallaré muerto lo que busco vivo?
¿Tal será el fondo del misterio humano
que ni los muertos sepan el arcano?

Toco el compás, la muerte, con un dedo.
Aunque la toque, ¿descifrarla puedo?
¿Será la muerte la verdad y roto
veré el secreto de mi noche obscura?
¿Ó habré de ver resucitar lo ignoto
y tornar á surgir la conjetura?
¿Nadie jamás descubrirá altanero
el mal y el bien, lo falso y verdadero?
¿Y en qué el problema aterrador consiste
lo sabrá el mismo Dios, si Dios existe?
Después me levantaba pensativo
y mis ensueños sacudir quería,
y para sacudirlos, fugitivo
al jardín á correr me dirigía...

Ricardo J. Catarineu.

La guerra.



—Allí lo que hace falta es mucha energía. Yo iría con veinte mil hombres y me traería para acá todo el azúcar, todo el cacao y todo el café de la isla.

—Eso, y luego lo vendíamos aquí al menudeo entre los tres.

LOCURA DE AMOR

A. D. Rafael Salillas.

I

—Ya no piensas en la infiel?
—No, amigo mío; estoy completamente curado; ya ves, tres días hace que sorprendí su iniquidad; tres días que estrujo su imagen...
—Que llevas en el corazón todavía...

—Como se lleva la de un muerto aborrecido.
—Así me gusta verte hablar. Esa mujer hubiera sido causa de mayores males, si nosotros, tan buenos amigos, no te abrimos los ojos.
—Gracias, chico, gracias. ¡Esa desgraciada!...
—¿Desgraciada? ¡La disculpas! ¿Quieres mayor evidencia de su crimen? Aquella sombra que vimos desde la calle, que viste tú cruzar el balcón, inclinarse, variar de tamaño y confundirse, en fin, con la sombra de la pérdida...
—Después, su carta, de que á nadie he hablado. «Soy culpable, escribía, pero mi corazón está limpio. ¡Ven, por Dios! Si supieras...» ¡La miserable! ¡Oh! ¡Si parece un sueño!
—Pues ríndete á la evidencia, acuérdate de tu locura de aquella noche, cuando, trémulo, indignado, quisiste subir...
—Sí, quise subir, ver de cerca todo, ver y matar, matar...
—La Providencia velaba por tí. Bastante nos costó sujetarte y disuaderte.
—Vosotros no tenéis corazón; vosotros no comprendéis estas cosas y creéis cumplir vuestro deber espíandome, no dejando que me aproxime siquiera á aquella casa maldita.
—¿Ves? Ya te exaltas. Tú no estás curado; tú nos engañas, y haces mal. ¿Cuánto no haremos por salvarte? Mas si te obstinas fingiendo de esa manera...
—Te repito que estoy curado, que la desprecio, que la abomino, que maldigo estos tres años, día por día, que pasé adorándola, adorándola como á un ídolo.
—Basta, si tus palabras son sinceras. Mujeres hay en el mundo. Esta noche vas á sustituirla. Tenemos citadas á unas hermosas aventureras para cenar y te damos el derecho de elección.
—Haré honor á ese derecho; ya sabes que estoy por las morenas.
—¿Con ojos negros, eh? Como ella: debilidad de enamorado.
—Estoy á tus órdenes.
—¿Me jaras divertirme?
—¿Te lo juro!

II

Ya no se podía respirar en el comedor; el humo del tabaco invadía la atmósfera. Las copas, llenas de champagne, apagaban lentamente su hervor sin vaciarse. La suntuosa comida y algunas botellas habían producido sus efectos.

Mirándose en los ojos de aquella espléndida hermosura por él escogida, exclamó:

—¿Por qué tienes los ojos azules?

—¿Te agradan?

No contestó. Dejábale acariciar medio atontado, si el placer alguno.

—¿Eres rubia, y muy bonita!

—¡Oh! ¡Se te ocurren pipos soberbios!

—Bien, no contestas: ¿por qué tienes los ojos azules?

—Estás borracho, querido; aquí todos estamos borrachos.

—Verdad, todos; pues ahora verás.

Cogió el sombrero y dándola el brazo la arrastró á la calle.

La pecadora se dejaba llevar. Atravesaron muchas calles, silenciosos, sin mirarse siquiera.

—Estoy cansada; ¿dónde vamos?

—Ya, muy cerca.

Después se puso muy pálido, y en vano procuraba erguirse, temblaba, y sus piernas casi se doblaron. Habían llegado.

—¿Es tu casa?

—Sí.

—¿Vives solo?

—Sí.

Conservaba todavía la llave del piso y abrió.

—Parece que estás agitado, oigo latir tu corazón; ¿te pones malo?

—No, calla; sígueme á tientas, sin hacer ruido. En este gabinete me esperarás; no te muevas...

—Pero...

—¡Calla!

Salió de puntillas, siguiendo el pasillo, y penetró en la alcoba muy quedo. Las cortinas del lecho estaban cerradas y se oía respirar acompasadamente.

El sueño plácido y tranquilo de aquella mujer flotaba entre los encajes. Abrió el balcón suavemente para que entrase el resplandor de la calle y buscó sobre el tocador... Allí estaba el revólver, en el mismo sitio, como aguardando la mano justiciera.

Levantó la cortina. Los ojos dulcemente cerrados, el soberbio peinado intacto resaltando sobre la almohada, como un negro casco de Minerva.

Las ropas la cubrían pudorosamente hasta el cuello.

Apoyó el cañón sobre la sien, cuando abrió los ojos espantada.

—¿Vas á matarme?

—¡Sí!

La besó en la boca y sin quitar los labios disparó, sintiendo en su mismo oído la detonación ensordecedora.

Entonces llegaban sus amigos, ebrios todavía, temerosos de la catástrofe.

—Ahora sí que estoy curado—les dijo.

Y abrazó llorando á aquella mujer adorable que murió dándole un beso, sin quejarse siquiera.

José Brússa.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Z.—De la forma no hay que hablar, porque usted no la maneja mal, á Dios gracias, pero... no me gustan las asuntos. De lo que haya ocurrido otras veces no se le usted, porque ahora andamos más *atacados* de original que nunca.

Sr. D. J. B. N.—Voy á copiar algo así, á la ventura, para que usted mismo se convenza de que eso es imposible:

«Vamos también á Barajas
y después á Canillejas
y veréis que horribles caras
tienen allí algunas viejas.
¿Como llegar á Alcalá
que nos proponemos ir?
á pie imposible llegar,
iremos en ferrocarril.»

En un ferrocarril muy largo, muy largo, porque lo menos le sobra una sílaba.

Fray Ripioso.—¡Ay, padre! Si fuera usted ripioso solamente... Pero el caso es que además no mide vuestra reverencia bien los versos, ni dice en ellos cosa notable alguna.

Sr. D. J. G. B.—No algo, mucho; ¡de eso se ha escrito mucho! Hasta el punto de que más vale dejar que los vecinos toquen lo que quieran.

Sr. D. J. C. S.—El pensamiento es bueno, aunque un poco vulgar, pero la forma es demasiado *previosa* y no tiene ninguna gracia el diálogo.

Sr. D. J. de C. Válgar asimismo el soneto, y lo otro... ¡ay! lo otro pica que rabia.

El caballero de Fampeloni.—Si no fuera tan larga copiaría la aretara del chantre, que es delicioso; pero, en fin, para nuestra suponga que bastará el epigramita siguiente:

«Don Juan Blayó
envió anteaer
una carta á Santander
á su primo, un artillero,
y el cartero creyó
que era para el astillero.»

Y aquí paz y después gloria.

K. K. O.—Es muy bonito, y se ve que tiene usted gracia, pero que la oculta por pudor. ¡Así deben ser los buenos escritores! ¡Modestos!

Santiago Carrasco.—Ni la décima ni los cantares tienen una sola pizca de humorismo. Son completamente anodinos, por su desdicha.

Sr. D. J. M. R.—La noticia de sensación es de una gracia demasiado inocente, y el cantar *envuélve* una vulgaridad demasiado grande.

Sr. D. M. C.—Dichosos los que tienen la guasa por arrobas, porque ellos podrán verter una poquita de cuando en cuando.

Un cualquiera.—No están mal esas menudencias; mándelas de nuevo firmadas, si quiere.

Juanito.—¡Lástima de quince céntimos que se ha gastado usted y cinco que me he gastado yo! Total, veinte céntimos por una broma.

P. Dante.—La índole de la poesía no *sucafe* en el periódico. Estaría mejor en un álbum, ó mucho me engaño.

Sr. D. J. C. R.—No le aconsejaría á usted que pidiera semejante catálogo, porque probablemente perdería usted papel y tiempo. Aquello debió acabar hace rato.

Sr. D. J. C. M.—Esa me gusta muchísimo menos, hablando con franqueza. El asunto, lo del casero, es vulgar como él solo, y los versos carecen de soltura.

Robinson.—«Voy á velar á un amigo
Ramón dijo á su mujer,
y el pobre Ramón se fué
á velar á aquel amigo.»

¡Rediez! Son muchos amigos para cuatro líneas. Así versificaba también Fernando VII.

Sansoniche.—Como mal... mal, no están, pero tampoco tienen el *saliente* necesario para figurar en las columnas, etc., etc.

Sr. D. J. J. R.—Dispense usted si no soy de la opinión de sus amigos. Pero la culpa es del soneto, que quiere tener versos de catorce sílabas y ¡ay! no los tiene. Pero ni ano por casualidad.

Sr. D. M. A.—Pero ¡caramba! ¿no comprende usted que unos versos dedicados á la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo más son propios de devocionario que de periódico festivo? Es más, hasta puede que en el devocionario no parecieran tan malos como son efectivamente.

El grillo.—Compadre Ramón, ¡buena palizal ó mejor, ¡buena colección de palizas con gracia!

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Rivadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID, 1895.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Librión, 16 duplicado.—Teléfono núm. 694.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAQUEÑAS

COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

MÁLAGA-MANZANARES